

ZARZOYA, Concha: *Altamor 1986*. Madrid, Ayuso, Colec. Endymión, 1986 (98 páginas).

Altamor 1986 es el vigésimosegundo libro dentro de la amplia y rica producción poética de Concha Zardoya, y es, básicamente, un paso adelante en esa dilatada reflexión sobre la muerte que vertebrata su trayectoria y que nosotros hemos estudiado en «Muerte y salvación en la poesía de Concha Zardoya» (*Letras de Deusto*, 1972).

Asediada y atormentada la autora desde su temprana juventud por la muerte de muchos seres queridos durante la guerra civil, su poesía siempre ha vibrado ante el tema de la muerte y ante el de la patria. Hoy, desde la madurez de su vida, contempla su presente con la muerte en el horizonte y aporta su personal y poética respuesta.

Esta es, en primer lugar, una respuesta serena —lo cual no implica carencia de lucha sino autodomínio—. El estoicismo, clave en su poetizar, se modula aquí como *fusión con la Naturaleza*. Sumida la poetisa en la Naturaleza («Alamos altos./ miran de lejos./ Pasan los años./ Quedan los cierzos»), confundida con tierra y vegetación («Sin edad, la ribera./ Sin edad, el abeto./ Sin edad, el anciano.»), asiste, sensible, a los ciclos naturales de esplendor, decadencia y muerte-resurrección.

Enlazando con antiquísimas civilizaciones —Egipto, India, Tibet, etc.—, Zardoya canta al Sol, principio de vida («luciente gavián de la mañana») que fecunda la tierra y muere cíclicamente para seguirla fecundando; canta a Dios, desconocido «amigo de la vida»; canta a la tierra muerta tras el estío pero aún esperanzada («Silencioso requiem»).

Después, con un aire aparentemente ligero e intrascendente, expansiona su vivísimo sentido de la Naturaleza en la parte III, «Cancionerillo de Altamor», siempre con la vida y la muerte como trasfondo, en minipoemas que están próximos a los haikus japoneses:

«El estío ha dorado
los sones de la flauta,
la brisa de los álamos.»

«Si hablas a las rocas,
oirás
un sonido silente.»

En contraste con la solemnidad de la parte I y la ligereza etérea de la III, la II, «Fabulario», recoge la voz más frecuente en Zardoya cantando en filigrana alegórica el paso de las estaciones y el paso de la vida. La atormentada parte IV, «Anatema», refleja la angustia del sueño (la muerte dentro de la vida) y la del «poeta de la sangre», Miguel Hernández —del cual Zardoya es eximia especialista—. Y por último la parte V, «La nueva vida», recoge un conjunto de poemas «in memoriam» de poetas y amigos ya desaparecidos. Dentro de ellos, el poema inicial explyea su visión del más allá:

«No vivir en la tierra, dulcemente
nos será natural, al fin sumisos
en las profundas aguas que no avanzan
.....

Sobrevive el amor y nos remonta
a ese vasto dominio donde empieza
el transreino más puro del olvido:
el último descanso ya sin término.»

Hermosa respuesta y hermoso libro el que hoy nos brinda Concha Zardoya en *Altamor*. Un hito imprescindible en su amplia trayectoria.

Isabel Paraíso

HIERRO, José: *Libro de las alucinaciones*. Edición de Dionisio Cañas. Madrid, Ediciones Cátedra. Letras Hispánicas, 1986 (171 páginas).

La obra de José Hierro titulada *Libro de las alucinaciones* se imprime ahora por vez primera dentro de la excelente colección Cátedra, Letras Hispánicas. La edición, introducción y notas corren a cargo del profesor Cañas.

En su estudio señala el editor las características de la producción poética de Hierro: «poesía en busca de una imagen que exprese la identidad, el tiempo, y la muerte.». Y analiza, seguidamente, estos elementos en las obras del citado autor.

Visión fantasmal de la identidad y del tiempo, ha aquí una de las primeras imágenes que destaca a partir de *Tierra sin nosotros* (1946). Para producir esa sensación de vivir la vida como si se estuviera muerto, la voz del poeta se desdobra en la voz de la muerte. Este desdoblamiento es fundamental para entender la técnica de la poesía menos objetiva de Hierro, cuya expresión más perfecta se halla en algunos textos de libro de las alucinaciones. El poema «Fe de vida» que cierra el volumen denominado *Alegría* (1947) pone de manifiesto la absoluta certeza de un mundo cuyo destino es la muerte. *Con las piedras, con el viento* (1950) es el tercer libro de José Hierro, un nuevo tema parece ser el origen de esta entrega: el amor.

La maduración poética de Hierro se da en su plenitud con *Quinta del 42* (1953), considerada como un precedente de la alucinación, ya que en esta obra comienza a darse la difuminación de los límites entre el pensamiento y objeto pensado, percepción alucinada, vida y muerte, realidad y sueño. En *Estatuas yacentes* (1954) el poeta otorga a la muerte poder de salvación. Hay al final de la obra *Cuanto sé de mí* (1958) una desolada visión del ser ante la muerte. El tiempo aparece ya como un gran vacío, no es de extrañar que en su próxima obra Hierro opte por crear un personaje poético que alucina, única forma de objetividad y llenar ese vacío que le rodea.

A continuación, señala el editor la doble perspectiva que ha planteado la crítica acerca de la poesía de Hierro: La poesía como «reportaje» y la poesía como «alucinación». El poema como reportaje requiere una claridad expositiva que afectaría al estilo, imponiéndole un lenguaje coloquial y directo. La dirección de su poesía de alucinación cuyo exponente máximo es el *Libro de las alucinaciones*, tendería a ser más oscura, y orientada a desvelar los misterios del mundo visible y de la existencia desde ángulos más irracionales. Para el profesor Cañas tiene lugar en la poesía de este autor una fusión continua de una doble visión del mundo.